





PROVA DE LEON

MURIAS DE RECHINALDO

(Maragata-Astorga.)

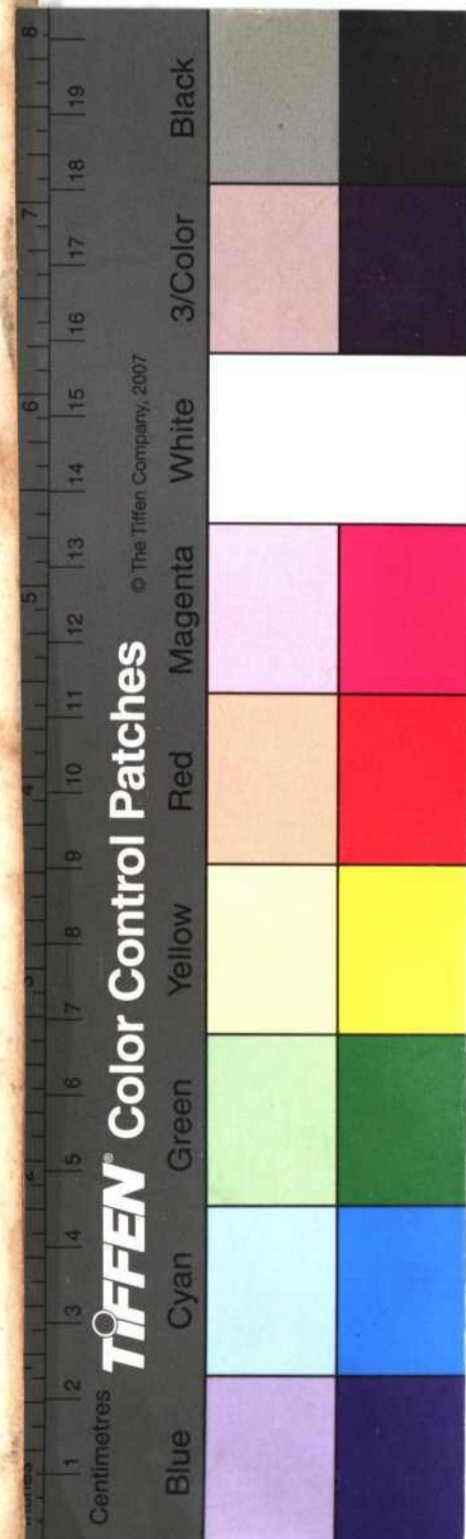




PROVA DE LEON.

MÚRIAS DE RECHIBALDO

(Maragata-Astorga.)





LA  
MUJER DE LEON

POR

D. EDUARDO SAAVEDRA.

I

Extraordinario concurso obstruía las calles de Leon la mañana de San Juan del año 1144. No son ni han sido cosa extraña los públicos regocijos en día y festividad tan señalados, en que se celebra la Natividad del Bautista sin haber olvidado costumbres y ceremonias de antigüedad remota; pero en aquella ocasión, las colgaduras de las casas y las flores y olorosas yerbas que alfombraban las principales calles denotaban mayor y especial motivo; y si para averiguarlo, trasladándonos con la imaginación á aquellos tiempos y lugares, nos mezclamos entre el gentío, encontraremos oportunidad para contemplar á la leonesa en el momento de su esplendor más alto, cuando nacia en las gradas del trono ó le servía de galano ornamento, y era su natal ciudad la primera capital de España. ¿Dónde podía haber la grandeza y ostentación que en ella? Barcelona no dominaba aún los distritos musulmanes de Tortosa y Lérida, ni los Condados de Urgel y de Pallás; Huesca se había visto ya desposeída por Zaragoza de la capitalidad del Estado aragones, reducido á la izquierda del Ebro; Pamplona tenía de nuevo corte, pero sin autoridad alguna en el país vasco ni en la Rioja; en Portugal, cuya extensión alcanzaba apenas la línea del Tajo, ni Coimbra ni Guimaraens podían llamarse con propiedad capitales de un Estado cuya independencia era dudosa; y la opulenta Córdoba yacía desgarrada por revoluciones formidables, que en aquel año se propagaron por toda la España árabe, con ayuda de cristianos, contra los fieros almoravides. Leon, en cambio, era la corte de Alfonso VII, que bajo la forma feudal había realizado la federación de todos ó casi todos los territorios de la Península, y siguiendo las ideas de la época, se había coronado y hecho reconocer

como Emperador de aquel primer conato de unidad nacional. Entónces las coronas de Castilla y de Leon, que, por seguir puntualmente el sistema imperial, tenían en gran parte, como Reyes honorarios, los Infantes Sancho y Fernando, se extendían entre el Tajo y el Guadiana, y se habían ensanchado hasta tocar con el Ebro y los Pirineos, á costa de sus vecinos, en desquite de pasadas invasiones; eran vasallos del Emperador el Rey de Navarra Garcia Ramirez, y Ramon Berenguer, Conde de Barcelona, Principe Regente de Aragon y hermano de la Emperatriz; su primo de Portugal no le negaba en absoluto la obediencia, y rendíale párias igualmente otros muchos Señores, desde los Pirineos al Ródano, con no pocos Emires mahometanos de Andalucia.

Al Occidente de Leon, donde hoy se levanta el palacio de los Guzmanes y entónces el de los Anzúres, abría entrada por las murallas la Puerta Cauriense ó de Coreses, frontera al rio y al camino del Bierzo. Allí, vestidos con preciosos arreos de corte, estaban de la parte de afuera, y en medio de apiñada multitud, los magnates principales del Aula Imperial, en actitud de impaciente espera y con señales inequívocas de interior satisfaccion. Distinguiáanse, entre otros, el Conde Almanrico, Alcaide de Toledo; el Conde Ponce de Cabrera, que iba á ser pronto agraciado con la Mayordomia; Martin Diaz, que se había distinguido en la jornada de Córdoba; Gonzalo de Marañon, esforzado Capitan, que debía ser Alférez Mayor años adelante; D. Ladron, Conde de Álava; Lope López, Gobernador de muchas ciudades de Castilla; Martin Fernández, que lo era de Calahorra; Garcia Ruiz, Merino en Búrgos; Gonzalo Bermúdez, Merino de Asturias; Pedro de Cervera, Merino en Cea y Melgar, Anaya Rodriguez, Merino Mayor de Leon, y presidiendo á éstos y muchos otros Condes, Alcaldes, Merinos y Ricos-homes, mandados venir expresamente de diversas Provincias y fronteras, se veía al veterano Conde Ramiro Flóres ó Fróilaz, que aún había de alcanzar gloria no escasa en la conquista de Almeria. No fué gran cosa lo que hubieron de cansarse, porque desde el frontero hospital de San Marcelo se divisó gran número de caballeros y señoras, clérigos y soldados, que transponían el puente y hospital de San Márcos, todos de gala y en gentiles monturas, formando ceremonioso acompañamiento á dos Princesas esclarecidas, á quienes el dia y las fiestas estaban dedicados.

Eran estas Princesas la Infanta Doña Sancha y la adolescente Urraca, hermana é hija respectivamente de Alfonso VII. Venían sentadas sobre mansas y esbeltas mulitas blancas; que no sabían entónces dominar más fogosa cabalgadura las damas delicadas, ni tampoco permitía la costumbre cortesana, llamada despues etiqueta, montar de otro modo en ceremonias oficiales; sin que el poco adelanto de las artes hubiese introducido todavia el uso de los coches y literas para casos semejantes. Alta, bien proporcionada y de semblante más reposado que severo, era Doña Sancha; y su sobrina, igualmente de buena estatura, prometía ya en lo ancho de los hombros, una mujer de complexion fuerte y de robustas formas. Las historias no dan noticia del aspecto y figura de estas celebradas señoras; pero el que escribe estas páginas ha tenido ocasion de llenar en parte este vacío, despues de tantos siglos, porque de las dos se guardan



enteros los cuerpos, en San Isidoro de Leon el de la primera, y en la catedral de Palencia el de la otra. ¡Cómo en día de tanta satisfaccion y tanta gloria, en medio de los plácemes de la corte y de las aclamaciones del pueblo, habian ellas de imaginar que siete siglos más tarde serian pasto sus personas de la curiosidad pública, en manos poco reverentes, sin conservar sobre sus acartonadas y amarillas carnes un misero giron del lujoso atavio que por su estado ó por su gusto sobre si llevaran! Pero nuestras lectoras estimarán más que se les diga cómo eran ó cómo nos podemos figurar que fueron esos vestidos, que casi sin querer hemos nombrado, pues no es esta ocasion de ascéticos sermones, ni al hablar de mujeres españolas, áun cuando sean antiguas, pueden brotar sino lozanos y risueños pensamientos de cualquier pluma, inclusa la que mancha el papel en estos momentos.

Corren muy equivocadas ideas acerca de las modas de aquellos tiempos remotos, no tan distintos cual se cree de los actuales, en éste como en muchos otros puntos. Lo mismo que ahora de Paris, venian entónces los modelos de Provenza; los paños procedian de Rouen, de Mompeller, de Ypres y otras ciudades de Francia y de Flándes; las sedas y algodones de Oriente y de Almeria; las pieles finas del Norte, y de Italia ó de Constantinopla las joyas y objetos artisticos. Otro tanto sucedia en las demas naciones de Europa; de modo que el vestir de todas se diferenciaba muy poco, y las innovaciones cundian con la misma rapidez que si hubiera ya periódicos elegantes é ilustrados. Los últimos recuerdos del traje romano y de lo poco que pudiera haber quedado del gótico, habian ya desaparecido en el momento de los sucesos que queremos hacer revivir ante nuestras amables lectoras, y la influencia bizantina habia alcanzado su mayor preponderancia, viniendo por medio de ella al extremo Occidente los modos de vestir propios de remotos climas del Oriente. Alcanzaba entónces gran favor la simetria y majestad de las formas, la dignidad y reposo de las actitudes, y estaban ya desterradas las extravagancias de los principios del siglo, cuando era preciso recoger con un nudo las mangas perdidas, para no barrer el suelo con sus puntas. En honor del sexo bello se debe decir que, hasta entónces, las censuras del púlpito y los dardos de la sátira no se habian ejercitado con preferencia sino contra el masculino, por lo vano y fútil de su cuidado en el personal adorno; carácter comun á todas las sociedades que no aprecian á la mujer en lo que vale, y no la colocan en el lugar distinguido que merece, definitivamente conquistado por señoras tan dignas de eterno recuerdo como las leonesas de la corte de Alfonso VII.

Poca diferencia habia entre los trajes de las dos damas y sus acompañantes, distinguiéndose casi sólo por la variedad de las telas y los colores. Vestian todas, encima de la bordada camisa, una *saya* ó túnica larga hasta los piés, de bastante vuelo y con mangas ajustadas á la muñeca, ligeramente descotada en redondo y adornada con mergelias ó cenefas ricamente labradas en todos los bordes, en las bocamangas y en el escote y abertura del pecho. Traian encima el *brial* ó segunda túnica, compuesta de cuerpo ceñido, abierto por la espalda, largo hasta el bajo vientre, y falda

con cola, pegada de modo que hiciera muchos pliegues acanalados; anchas mangas perdidas cubrían hasta el codo, y además de festones y cenefas, con filas de botonaduras y piedras finas, adornaban ese vestido en el sitio de las rodillas dos círculos de oro batido, con rayos flameados en los bordes y cerquillos de perlas. Sujetaban con cordones de seda y oro el manto, largo hasta los pies y aún algo más, con anchos bordes de orofrès, y hombreras en un todo semejantes á las rodilleras del brial, dejándolo abierto por delante cuanto bastaba para lucir el cuerpo. De ciclaton y de jamete, telas de seda análogas al raso, ó de cendal, semejante al tafetan, eran los briales; de rizado crespon las túnicas, y los mantos de páleo, jaldo ó balanguin, tejidos de seda y oro ó plata. Castillos y leones bordados de realce en el traje de la tía denotaban su estirpe y dignidad, y en el de la sobrina blancas azucenas simbolizaban su sencillez é inocencia.

Lucía Doña Urraca, suelta por la espalda, la undosa cabellera, coronada con un pequeño y gracioso bonetillo cuadrado, bordado de oro y pedrería, encima de corto velo redondo, pendiente por detrás, de finísimo algodón, género tan raro y estimado como ahora es vulgar y abundante. El velo de Doña Sancha, más largo y con puntas, estaba sujeto alrededor del cráneo con un ceñidor de perlas, y el pelo caía por delante en dos ramales trenzados con galones de seda. Fíbulas de oro prendían las aberturas de las túnicas, y adornaba el borde de cada brial, á modo de collar, una fila de planchas de oro cosidas en un galon; los anillos de los dedos mostraban esmeraldas, topacios y berilos sin tallar, ó cornerinas con admirables figuras en hueco, de procedencia romana y utilizadas para servir de sellos privados. Asomaban las puntas de los pañuelos por las *bulgas* ó limosneras colgadas de lujosos cinturones ó *bálteos*, con largos cabos de seda; y para que nada falte en el inventario, calzaban zapatos puntiagudos de terciopelo oscuro con estrellas blancas, y modelaban sus manos *lubas*, ó sean guantes de fina piel perfectamente ajustados.

En el séquito encontraremos sin trabajo muchos personajes conocidos por la historia ó los documentos del tiempo. Próximas á las Princesas iban las dos Estefanias de la corte, á saber: Doña Estefania Armengol, hermana del Conde de Urgel, nieta de Peranzúles y casada con el Conde Rodrigo González, y la jóven y distinguida Estefania Ramirez, hija de Ramiro Flóres, fundadora futura de Sandoval y de Carrizo, casada cuatro años ántes con D. Ponce de Minerva, dotándola la misma Doña Sancha. Seguían luégo D. Álvaro Gutiérrez con su mujer Doña Aldonza, fundadores de San Juan de Faro, en Gijón; Fernando Pérez, llamado Cautivo, Gobernador de Astorga por el Rey de Portugal, que la tenía en feudo; su hermano y Teniente Pelayo Pérez Cautivo, con su esposa Doña Flámula; Sancha Menéndez, mujer de Anaya Rodríguez; y como jefe de todos Rodrigo Gómez, Conde de Astúrias, acompañado de Doña Elvira, su consorte, notándose el número de caballeros de Astúrias y de las Tinajas de Liébana, que por deudo con la jóven Princesa se habían afanado para acudir al llamamiento de su Rey y Señor natural.

Para no tener al curioso que nos siga por más tiempo á la puerta de la ciudad y al aire libre, donde ya seria bastante molesta la temperatura, dejemos que los cortesanos hagan el debido acatamiento á las damas, que juntos el pueblo, los magnates y las Princesas se dirijan á paso lento por las estrechas calles de la capital, y aprovechemos este rato para decir quiénes eran y á qué venian Doña Sancha, principal figura de este relato, y Doña Urraca, que lo era de la solemnidad. Contaba esta niña poco más de doce primaveras, y áquel dia habia de ser el más señalado para su corazon de doncella, por cuanto estaba designado para verificar sus bodas con el Rey de Navarra D. Garcia. Concertado este enlace por mediacion de Alfonso Jordan, Conde de Tolosa, vasallo y primo del Emperador, como prenda de nueva paz, importaba á este último desplegar una muestra de su poderio y grandeza celebrándolo con la mayor pompa; y moviale más á ello la circunstancia de ser la primera hija que casaba, á pesar de su nacimiento ilegítimo, y no sólo ilegítimo, sino bastardo. Tacha semejante no era de gran bulto en aquellos tiempos, á diferencia de los presentes, en que se tiene en más estima con ménos ruido el decoro de las familias de todas las clases de la sociedad. Bastardos y naturales vivian en el hogar paterno con los hijos legítimos, compartian con éstos régias herencias ó suscitaban revoluciones para arrancárselas, y las madres mismas no cuidaban siempre de esconder su irregular conducta. Alguna vez el espíritu caballeresco que entónces rudamente florecia, armó á un padre ó un hermano lastimados en el honor de su casa, pero el pueblo se ponía de parte de la victima, y cuando Munio Alfonso encontraba término fatal y sangriento á su carrera, tan larga como victoriosa, bajo las cuchillas mahometanas, la gente decia y la crónica repite que fué castigo de un gran pecado, porque no habia tenido piedad de su pobre hija, olvidándose de tantas veces como Dios salvara su vida en recias batallas y desesperados encuentros. Por eso no repugnaba el Rey navarro ese matrimonio, ni extrañaba nadie los regocijos y aparato destinados á darle mayor lustre; siendo preciso confesar que la niña lo merecia, pues á la peregrina belleza de su madre juntaba el temple de alma del padre y la solidísima virtud de la tia, cuya direccion y cuidado la hicieron digna del trono que ilustró unos pocos años en Navarra, y del Gobierno que por muchos más dirigió, ya viuda, atinadamente en Astúrias.

Gala y joya del suelo leonés puede llamarse Doña Sancha, hermana mayor del Monarca, de quien fué en extremo honrada y atendida. Túvola siempre á su lado, consultándole cuanto le ocurría hacer; pues, como dice la crónica, era de grande y saludable consejo, y todo lo que sugeria resultaba prósperamente. Unida con íntimo y fraternal cariño á su cuñada la Emperatriz Berenguela, daba ejemplo de cordialidad doméstica, digno entónces y ahora de ser imitado, y ambas proveian á muchas necesidades públicas, amparaban los huérfanos y los indigentes, amaban á cuantos veian dotados de su piedad ardiente, y promovian sin descanso la edificacion de iglesias y monasterios. La fama de discrecion y prudencia de tan esclarecida Infanta no quedó

encerrada dentro de su familia y de su patria, porque habiéndose suscitado ciertas diferencias entre los monasterios de Toldanos, cerca de Valdéras, y de Carracedo, en el Bierzo, San Bernardo, como jefe de estas fundaciones del Cister, remitió la causa al juicio y autoridad de la leonesa insigne; que mayores rivalidades supo componer con su amigable ingerencia, acompañada de desprendimiento generoso, como cuando cortó la cuestion de limites entre los Obispados de Palencia y Segovia, cediendo á éste en 1140 su villa de Alcazaren. No obstante los enlaces ventajosos que le hubiera sido fácil anudar mediante el gran poder de su hermano, quiso vivir en perpetua virginidad, bien que sin abandonar el siglo, titulándose esposa de San Isidoro; pero el cariño y respeto de aquel Principe le otorgó el dictado de Reina, ejemplo poco comun, y al parecer debido á exageracion del sistema imperial que estableció Alfonso, y segun el cual correspondía esa dignidad á la primera señora de su corte y familia despues de su esposa la Emperatriz. Además de las villas y territorios de su infantazgo, gobernaba otros por comision ú honor especial: así la vemos en la comarca de Olmedo, en tierra de Cámos y en el Bierzo; por aquellos años confirmaba privilegios como poseedora de Medina de Rioseco y de Grajal, y se dice que administraba justicia en la preciosa cámara románica de Carracedo.

Distinguióse en todo este tiempo por el número de sus obras pias, notándose muy principalmente la fundacion de los conventos del Espiritu Santo, en Olmedo; de Carracedo, en el Bierzo; de San Pedro de la Espina, cerca de Rioseco, y de San Miguel de las Dueñas, junto á Ponferrada, con la instalacion de Canónigos regulares en Covarrúbias y en San Isidoro de Leon. Motivos bastantes todos para que en el panteon de esta última iglesia, le diga su epitafio «Espejo de la Hesperia, honra del orbe, gloria del Reino, cumbre de justicia y altura de piedad»; para que disputen el honor de poseer sus restos los cenotafios que se le erigieron en Zamora, donde promovió el restablecimiento de la Sede; en Santiago, donde Gelmirez recibió de ella el precioso monasterio de Escalada, junto á Leon; y en Covarrúbias, donde el pueblo le otorga todavia el dictado de Santa Infanta.

Con el fin de atajar la procesional comitiva, dirijámonos ya por el adarve del muro de Poniente hasta dar con el del Norte, y podrémos tomar holgado puesto frente á la iglesia de San Isidoro, adonde todos se encaminaban. Salvo la capilla mayor y algunos accesorios que son mucho más modernos, casi como hoy se ve estaba la famosa iglesia, construida de piedra de orden de Fernando I y conforme á los notables adelantos de la arquitectura en aquella época, en vez de la antiquisima dedicada á San Juan Bautista, que de más tosco material habia restaurado Alfonso V. Faltábale poco para terminarla al piadoso Pedro, cuya ejemplar virtud, no ménos que la fama por tan grande obra adquirida, le alcanzaron la honra de dormir su sueño eterno junto á las personas augustas que emplearon su pericia en cerrar aquellas levantadas bóvedas, bajo las cuales han rendido culto constante á la Majestad Divina, siguiendo el ejemplo de la Infanta, las devotas leonesas acompañadas de sus

hijos, de sus maridos y de sus hermanos. Contiguo á este incomparable templo, sin rival entónces en la ciudad, poseia Doña Sancha, por derecho de infantazgo, el monasterio de San Pelayo, erigido por Sancho el Craso para recibir el cuerpo del niño mártir de Córdoba, y restaurado por Alfonso V cuando ya la reliquia estaba en Oviedo. Formando una manzana con el templo y el monasterio tenia Doña Sancha su palacio, con vistas interiores al altar de San Isidoro, todo lo cual fué cedido años adelante á los Canónigos reglares que del inmediato Carvajal vinieron, trasladándose las monjas á esta casa y la Infanta á las habitaciones reales que hasta el siglo xv ocuparon el sitio de la actual plazuela.

Delante de ella se habia dispuesto un estrado, adonde, apénas las trompetas de la comitiva sonaron cercanas, bajó el Emperador revestido del traje bizantino que reproduce su efigie de Carracedo, asistido de Diego Muñoz, su Mayordomo Mayor, ó sea Ministro de Hacienda, y de Ponce de Minerva, su Alférez, ó Ministro de la Guerra; y ocupando el trono, sillón de forma de tijera, como las sillas curules romanas, cubierto con un paño suelto de púrpura, y sin dosel, hizo sentar junto á si al Rey D. García, á quien servian D. Rodrigo de Azagra, Señor de Estella, y D. Martin de Lehet, que mandaba en Peralta. El Rey de Castilla D. Sancho se colocó luégo á la derecha con su Ayo y Gobernador efectivo de su Estado, Gutierre Fernández, su Mayordomo Martin Muñoz y su Alférez Gonzalo Rodriguez; y al lado opuesto llamaba la atencion el tierno Fernando, Rey de Galicia, conducido por el famoso Conde Fernando Pérez de Trava, la más notable figura política del tiempo. Hijo segundo del Conde de Galicia D. Pedro Fróilaz, que crió y tuvo en su guarda á Alfonso VII durante las turbulencias de su menor edad, D. Fernando fué Alférez del primer Arzobispo de Santiago, Conde de Portugal, valido y amante de Doña Teresa, y declarándose de los primeros en favor del pupilo de su familia, aseguró para éste la sumision del Reino y de muchos Grandes, y obtuvo el gobierno casi independiente de su natal Provincia. Los magnates ocuparon luégo sitios más bajos á la izquierda del estrado, distinguiéndose entre ellos el Conde de Urgel, Armengol de Castilla, que se halló en casi todas las campañas y expediciones del Emperador; y el moro Zafadola, último vástago de la régia estirpe de los Beni Húdes, hombre arrojado, agitador incansable, que se declaró vasallo de los cristianos con esperanza de hacerse á un tiempo Rey y libertador de los andaluces, y sólo consiguió desgraciada muerte en las tormentas de la guerra civil y de las luchas de raza. Al lado de la derecha presidia al Estado eclesiástico el Arzobispo de Toledo D. Bernardo, con el de Compostela Pedro Elias, seguido de otros tres Pedros, Obispos de Segovia, de Palencia y de Búrgos; y de Bernardo, primer Obispo de Zamora, de Arnaldo, Prelado de Astorga, y Martin, que lo era de Oviedo; despues de los cuales se sentaron el Dean D. Fernando con el Cabildo y demas clerecia de la ciudad; D. Pedro Arias, Prior de Carvajal; Domingo, Abad de Sahagun, y Florencio, canonizado Abad de Carracedo. Y en las ventanas del palacio asomaba la risueña figura de la Emperatriz con la

Infanta Doña Elvira, viuda del Conde de Tolosa y tía del Emperador; la hermana adulterina y reconocida del mismo, llamada también Elvira y también viuda; y la Infanta de Portugal Doña Urraca Enriquez, esposa de D. Bernardo Pérez, hermano del de Trava, entre cuyas hijas distinguía á la mayor, Urraca Bermúdez, el blanco velo que cubría su rostro, por estar ofrecida á Dios, ó *Deo vota*. De las damas restantes sólo nombraremos á Doña Toda y Doña Loba, hermanas del mencionado Conde de Galicia: Doña Sancha González, su esposa; Doña Teresa Fernández, mujer de D. Osorio, Conde de la Liébana; Doña Sancha, mujer de Garcia Garciez de Aza; sin olvidar la juventud y hermosura de Isabel de Urgel y de Sancha Ponce de Cabrera, prometida aquélla al Vizconde de Cardona, y ésta al poderoso gallego Vela Gutiérrez, hijo de Doña Toda, afanadas en aquel momento en cuidar, mimar y distraer á otra diminuta, aunque no ménos gentil prometida, la preciosa Blanca de Navarra, futura y malograda Reina de Castilla, venida en compañía de su padre, para que empezase á conocer la corte donde siete años despues habia de instalarse.

Por falta de tiempo hemos de dejar para luégo conocer á las leonesas de diversos puntos de la Provincia, que no obstante vestir trajes casi romanos de tosco burel ó basto camelote, y camisas de estopazo, esmaltaban con la gracia de su rostro y la donosura de su cuerpo los apiñados grupos de la calle, porque ya se han puesto de pié Reyes y caballeros al entrar por la estrecha plazuela (que hoy es atrio de la iglesia) las damas y las Princesas, pronta y garbosamente descendidas de sus respectivas cabalgaduras. La reposada gravedad oriental que en aquella época se usaba, exigió que tomaran asiento los que esperaban y los que venían, y despues de un rato, como cosa que no corría prisa, se volvieron á levantar, bajando hácia la entrada de la iglesia, donde estaba el Obispo de Leon D. Juan Albertino, vestido de pontifical, esperando á los contrayentes para celebrar los esponsales, *coram populo*, cual convenia en tan solemnes circunstancias y con tan preciadas personas. Allí, bajo el historiado pórtico de arcos concéntricos de medio punto, y prévia la aspersion de agua bendita, hizo las ordinarias preguntas acerca de parentesco ú otro impedimento, y tomada la declaracion de consentimiento de ambas partes, pronunció una breve y sentida amonestacion acerca de los deberes de su nuevo estado y del modo de vivir en la virtud y gracia de Dios. Dirigiéndose luégo al Emperador, le rogó que concediera á su hija por esposa de D. Garcia, y á éste advirtió que entregase el dote, sin lo cual no podía haber matrimonio legal ni desposorios. Adelantóse entónces Juan de Tudela, Escriba del Rey, llevando en la mano la carta de dote, que leyó, con expresa mencion de que su total valor no pasaba del décimo del haber personal de D. Garcia, segun pedian inexorablemente las leyes. Terminada la lectura, el Prelado volvió á rogar que fuera entregada la novia; y tomándola Doña Sancha por comision de su hermano, la acercó al futuro consorte, cuya mano derecha enlazó con la de la jóven el Obispo, preguntando si se querían y se otorgaban mutuamente por palabras de futuro; en testimonio de lo cual se dieron el ósculo esponsalicio, requisito indis-

pensable para que la desposada fuese propietaria de la mitad de las arras si el matrimonio no se llevaba á efecto. Procedió luego D. Juan á la bendicion del anillo, que tomó D. Garcia, presentándolo sucesivamente al dedo pulgar, al indice y al del medio de Doña Urraca, y con las palabras del formulario lo colocó en el cuarto ó anular; dióle luego unas relucientes doblas, como signo material de las arras, y con ciertas oraciones y una bendicion terminó por aquel dia la ceremonia.

Vueltos todos á sus asientos, el Maestro Hugo, Canciller del Emperador, entregó á su Escriba Geraldo un pergamino con los ricos dones que su Señor hacia á los desposados, de vasos de oro y plata, mulas y caballos, telas y armas; y leído este documento, el Canónigo de Santiago, Gudesteo, Notario de Doña Sancha, hizo lo mismo con análoga escritura de esta Reina honoraria, madrina de la boda. Desde este momento hasta el dia que la real pareja tomó el camino de Pamplona, no cesaron los presentes de todas clases, no sólo á ellos, sino á los caballeros navarros de la comitiva, ya de parte de los Principes, ya de los particulares, ya de la ciudad de Leon, que ofreció un donativo á titulo de chapines de la Infanta.

Ahora, mientras el concurso se disuelve, despues de oír la solemne Misa debida á la fiesta del dia, en lugar de empeñarnos en seguir por todas partes á los personajes principales, vamos á penetrar en el inmediato palacio de Doña Sancha, donde con el favor de su Mayordomo Nicolas Peláez podremos visitar la cámara nupcial allí preparada, y hacernos cargo del modo de vivir las leonesas antiguas en el interior de su casa, cuando eran de tan alta distincion como la nieta de Alfonso VI. Quien haya visitado el actual monasterio de San Isidoro, habrá visto, al pasar hácia la biblioteca, una vasta sala cuadrada, de no mucha luz, que llaman el cuarto de Doña Sancha, y tiene cubiertas las paredes de pinturas antiguas, como si fueran frescos. Así se hallaban decoradas la mayor parte de las salas y cámaras del palacio, porque todavia no se colgaban tapices permanentes más que delante de las puertas de comunicacion, con objeto de cortar el aire y las vistas, en vez de las poco usadas hojas de madera; y delante de las ventanas habia cortinajes de tela sujetos á varillas de hierro giratorias sobre un costado, como postiguillos. Pero la cámara nupcial tenia encortinados suelo y paredes, como lujo de novedad; y arrimado por la cabecera, al fondo, libre por sus tres lados, el tálamo de madera esculpida, con incrustaciones de marfil y nácar, y adornos de metal dorado, no más alto que un sofá, con los cuatro piés torneados, y cubierto por el *sobrelecho*, alfombrado tapete que caia por los lados hasta el suelo. Habia encima nada más que un colchon ó *plumazo* guarnecido de pasamaneria y bastante largo para ocupar la cabecera del lecho, haciendo las veces de almohada, con pequeños y delgados cojines de seda bordada para cada uno de los esposos. Una sola sábana de fino lienzo bastaba entonces para dormir envolviendo el cuerpo, por lo comun enteramente desnudo, y varias colchas proporcionaban abrigo adecuado á cada estacion. De dos grandes barras de hierro aseguradas á la pared y suspendidas del techo colgaban por ambos lados magnificas cortinas, una de las cuales estaba

recogida en alto sobre la misma barra durante el día, y de noche se dejaba caer, supliendo con su discreta opacidad el retiro de nuestras modernas alcobas. Un solo sillón, no muy ancho, de forma rectangular, con alto respaldo colgado de tapicería y un cojín suelto sobre el asiento, era el puesto de honor al costado de la cama; y enfrente un escaño de respaldo bajo, igualmente cubierto de cojines por todos lados y capaz para dos personas, era el asiento ordinario de los consortes. Grandes arcones arrimados á las paredes, mayores pero más bellos que nuestros baules mundos, servían también de asientos, y habían de servir luégo para transportar á Navarra el equipaje de la desposada; anchos almohadones permitían sentarse en el suelo; taburetes y sillas de tijera daban medio fácil de colocarse en cualquier punto de la estancia; y clavada en el suelo, en medio de ella, una mesa cuadrilonga, rodeada de barandillas de cuatro dedos, estaba decorada con paños colgantes pasados con sortijas á unas varillas de latón. En varios puntos de la sala brazos de hierro labrado sostenían los candeleros; encima de algunos muebles había palmatorias en forma de dragones retorcidos, y del techo pendía una lámpara á modo de candil, destinada á alumbrar toda la noche para la comodidad de los vivos, y ahuyentar, según decían, las apariciones de los muertos.

Análogo mueblaje contenía la cámara reservada para sí por la propietaria, excepto la cama, más estrecha que un catre, y el sillón, que como algo antiguo, tenía el respaldo á la altura de los brazos, terminados en dos pomos para apoyar las manos al levantarse. Las colgaduras de la cama pendían de varillas apoyadas en columnitas de hierro, que siendo portátiles facilitaban armar en cualquier parte de la sala ó de la casa el recinto que servía de alcoba, cosa que ocurría con frecuencia cuando venían huéspedes á un palacio ó un castillo de entónces, desprovistos por lo común de habitaciones especiales para ellos. Enfrente de la cama se alzaba un grande y pesado armario de roble, de dos cuerpos y de paramentos encorados, cubiertos de figuras y blasones, donde se guardaban principalmente las joyas en cajitas árabes de marfil ó de cobre esmaltado. Los arcones no tenían más ornato que el de sus numerosas piezas de cerrajería; por entre los taburetes y escabeles se veían un par de veladores ó mesitas sumamente bajas, propias para labor ó para tomar un refrigerio, y de las paredes pendían algunas imágenes de Santos, con su candelero debajo. Junto á este cuarto estaba el guardaropa, habitación espaciosa, donde no sólo se custodiaba el equipo de la Infanta y de los servidores de todas jerarquías que estaba obligada á vestir, sino que era también almacén de géneros tomados á prevención en las ocasiones propicias, y taller donde las doncellas de costura, ó la misma Infanta con sus damas, trabajaban sentadas en una gran tarima. Entremos por la opuesta parte en la principal sala del palacio, y encontraremos á los criados aderezando todo lo necesario para el gran convite del siguiente día; las mesas separadas para el Emperador y su familia en el estrado donde se alzaba el gran escaño de ceremonia, dividido en tres asientos; dos mesas largas y estrechas á los lados, con



una sola fila de asientos cada una; detras de éstos los aparadores para la vajilla, y otra mesa más baja en el medio para los trinchantes. Verémos á los encargados del servicio cómo preparan una escudilla sopera para cada dos convidados, y para cada uno el cubierto compuesto de cuchara y cuchillo (pues los tenedores no se habian inventado), poniendo saleros al alcance de todos, y á lo largo de las mesas los *tajaderos*, ó sean platos de metal que sobre anchas rebanadas de pan duro han de recibir los trozos de viandas que cada cual escoja cuando los criados pasen las fuentes por delante; observarémos que se adopta la nueva moda de cubrir con manteles toda la mesa, y no sólo las caidas; y notarémos que el vino se trae en barriles, que la copa del Emperador es más grande y en forma de cáliz, y que todas las demas se ponen en los aparadores para servir las por detras siempre llenas y haciendo la salva, ó sea probando su contenido, como garantia de no haber ponzoña ni maleficio. Cerca de nosotros, junto á la puerta, están ya alineados los artificiosos aguamaniles y las bordadas toallas para lavarse las manos ántes y despues de la comida, y más allá las vasijas del hipocras, preparacion de vinos diversos con canela y gengibre, que se tomaba un rato despues de la comida, como ahora el café, para ayudar la digestion. De buena gana pasaríamos luégo á visitar los cuartos de las doncellas de alto linaje que desde pequeñas se han criado con la Infanta y forman su séquito, con objeto de examinar sus telares y ruecas; pero temerosas de que algun curioso indiscreto pueda sorprender los emblemas empezados á bordar en bandas de jamete con hilo de oro para secretos adoradores, han cuidado de cerrar una de las pocas puertas que dan acceso á esas habitaciones, impidiéndonos asimismo averiguar cuáles son las encargadas del botiquin y manuales de medicina, como más diestras en el arte de Galeno, ó juzgar del grado de aficion que tengan otras al ajedrez ó las tablas, admirando de paso la delicada taracea de tableros y piezas.

Segun costumbre antigua de Castilla, el matrimonio se verificó al siguiente dia de los esponsales, que era domingo, primero hábil para las velaciones despues de las tres semanas anteriores á San Juan, segun la disciplina de entónces, y señalado por este motivo para la ceremonia en los tratos de ambos Reyes. Lo mismo que en la del dia ántes, el Prelado esperaba á la puerta de la iglesia, y ratificados los cónyuges en su declaracion de quererse y otorgarse, añadiendo lo de recibirse de presente, les dió la bendicion nupcial en el nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo, introduciéndolos en seguida en el templo, donde quedaron breves instantes de rodillas en medio de la nave principal; y leído un salmo por el Obispo, subieron al presbiterio á oír la solemne Misa con candelas en las manos. Al dar la Paz, cuatro monaguillos tendieron un velo en alto sobre la cabeza de los contrayentes, en cuya actitud recibieron una nueva bendicion, y despues de tomar al fin de la Misa un poco de pan y de vino benditos, terminó el acto con una breve admonicion del Obispo. Desde la vispera conocemos ya el concurso de magnates colocados en las dos naves laterales de pié ó de rodillas, segun lo pedia el rito, y á las damas que

en el centro estaban sentadas en el suelo, como se estiló en toda Europa y ahora sólo en España; pero apartada de éstas, llorando de dolor á veces, á veces de alegría, reparemos detras de la última columna una señora totalmente encubierta en su manto y su alquinal; poniendo alternativamente sus ojos en Doña Urraca y en D. Alfonso, ó levantándolos al precioso Crucifijo de marfil del altar mayor, regalo de los piadosos Reyes D. Fernando y Doña Sancha. Era Gontrodo ó Gunteroda, hija de Pedro Diaz y de Maria Ordóñez, de la principal nobleza de Astúrias y de la Liébana, y madre de Doña Urraca. Conocióla D. Alfonso cuando desde su campo de Atienza vino á Astúrias á combatir la rebelion del Conde Gonzalo Peláez, fortalecido en los castillos de Proaza, Boanga y Alba de Quiros. Falto de fuerza suficiente, hubo de pactar con su atrevido vasallo tregua de un año, pero no la dió su corazon jóven, ardiente y poco contenido, al de la hermosísima Gontrodo, de cuya conquista, más fácil que la de los castillos del Trubia, resultó el nacimiento de una niña, á quien pusieron el nombre popular y estimadisimo de Urraca (que más que derivacion, parece equivalente vasco de Áurea), pero áspero á oidos extranjeros, pues se cuenta de una Infanta que tiempos adelante perdió casamiento por tan sólo ese motivo. La dicha de ver á su hija en un trono, y la pena de no ocupar en tal dia junto á ella el puesto que la naturaleza le señalaba, el dolor de su pasada culpa y la gratitud á los favores de la Providencia, la vergüenza de su fragilidad y el decoro de su posicion social, representado á un tiempo todo en la mente y en el corazon de la escondida madre, la determinaron en aquel mismo punto y hora á retirarse del mundo y acabar dignamente sus dias en un monasterio, fundando á este fin el de la Vega de Oviedo, donde un pomposo epitafio latino (existente hoy en el Museo) declara haber muerto en 1186.

Cerca ya del medio dia, despues de asistir á la bendicion del tálamo y de haber presentado el acta matrimonial Pelayo, Notario de la diócesis, pasaron los convidados á la gran sala, á ocupar los elevados *bancos* á que deben su nombre los *banquetes*, cuyos preparativos conocemos ya desde la vispera. Á poco rato penetró por la puerta el aplaudido Pallea con su comparsa de alegres juglares y atrevidas juglaresas, cargados con músicos instrumentos de variado género. Entre ellos menciona la historia expresamente el *órgano*, muy semejante al moderno armonio, aunque con la tuberia visible fuera de la caja, fuelle de mano y correa para colgarlo al cuello; el *salterio*, instrumento nuevo, muy apreciado por su dulzura, compuesto de una caja sonora en forma de trapecio, con doce ó diez y seis cuerdas metálicas paralelas que se tocaban con pua, y fué progenitor de los clavicordios y pianos; la *citara*, arpa pequeña, ya entónces y mucho ántes tan perfecta casi como ahora; y las *tibias*, clarinetes ó dulzainas de diversas formas y tonos; sin que pudieran faltar los graves sacabuches, los rabeles estridentes, los vibrantes triángulos, las alegres castañuelas ó *cimbalos*, y el ruidoso *timpano* ó pandereta. Las trovas y decires que llevaban aprendidos, y los juegos y danzas que se proponian ejecutar entremedio de los servicios, no han llegado á nuestra noticia; y no lo sentimos mucho, por ser probable que, aun sabiéndolos, no

nos fuera dable comunicarlos á nuestras lectoras jóvenes. Dejemos, pues, á tan alegre tropa, alabemos la mejora de las costumbres, y vámonos á las afueras para ver despues de la comida las funciones públicas dispuestas en celebridad de las bodas, cuya duracion fué, segun costumbre, de ocho dias, y alcanzaron, por tanto, al mes de Julio, como con toda exactitud estampa la crónica.

Con el juego del bofordo, ó de romper tablados, debian los nobles lucir su destreza en el manejo de las armas y caballo, sin peligro de las sangrientas colisiones que con facilidad se ocasionaban en los torneos. Arrojando bohordos, que eran cañas llenas de yeso ó arena en su último nudo para darles contrapeso, á un armazon de tablas, levantado en alto, debian acertar á romper ó desgajar de él algunas piezas, alzándose sobre los estribos á todo el escape del caballo; y tanto más famosas eran las fiestas cuanto mayor número de tablados se rompía. Ménos inocente era la lidia de toros, enfurecidos con el ladrido de los perros y excitados á acometer al caballero, que les daba muerte clavándoles el rejon ó venablo. Groseramente imitaba estas luchas la plebe, persiguiendo á ciegas á un cerdo unos cuantos rústicos que, atados con largas cintas á un poste ó encerrados en una liza, se lastimaban mutuamente, con gran zumba y diversion de los circunstantes, haciendo suya al fin la presa quien llegaba á acertar con ella de un fiero golpe.

No era permitido ni bien visto que el clero, y sobre todo las altas dignidades, presenciaran tales espectáculos, como no lo es hoy que concurran á las funciones teatrales; pero el pueblo gustaba muchísimo de ellos, y de todas las comarcas de la tierra de Leon habia venido gente á presenciarlos, moviendo la curiosidad á buena porcion de la parte femenina. Del fondo de la peñascosa Cabrera procede una familia de cinco personas, que sentada tranquilamente en la parte delantera de los tablados, indica por su porte la comodidad en que vive, y por lo rústico de los trajes de adobadas pieles, lo ingrato del país que habita: son Maria Fróilaz, Maria Salvadóriz y Loba Fernández, madre, hija y nieta, con los maridos de las primeras, Salvador Bermúdez y Fernando Muñoz, ricos labradores que acababan de otorgar una donacion cuantiosa á la Albergueria del monte Irago. Hacianles compañía su parienta Aldonza Muñoz y su marido Pedro Salvadóriz, del campo de Astorga, rodeados de jóvenes astorganas; las montañesas de Luna iban con Elvira Gutiérrez; conducian las alegres bercianas Colomba Álvarez, de Libran, Colomba Rodriguez, de Villar de Sálas, y Ximena Rodriguez, de Molinaseca, mientras las ribereñas, con Auro Ceti, Ximena Pérez, y Sancha, la mujer de Cipriano Ramirez, pugnaban por salir á la primera fila de todos los grupos, para lucir sus joyeles. Marcadamente separadas, por desdeñar mezclarse con otras gentes, tomaban puesto las laboriosas maragatas; pero en mayor aislamiento quedaban, porque con ellas nadie queria trato, segun preocupacion tan antigua como injusta, las vaqueras de Astúrias, que por aquel mismo mes de Junio habian pasado con su *armentio* á las montañas de Leon á cambiar de pastos. Finalmente, bulliciosas é inquietas, por aquí y allí pululaban las altaneras burgesas de

Sahagun, denotando en sus ojos azules y rubios cabellos ser nietas de los franceses y borgoñones cuyos indómitos hijos, al pelear bravamente por eximirse del duro y pésimo fuero de Alfonso VI, que al fin derogó pocos años adelante su nieto, cometieron crímenes y atropellos, á cuyo lado son pálida sombra los que se cuentan ó se temen de los petrolistas contemporáneos. Á dos ó tres de ellas, pasadas ya de la edad madura, señalaban los caballeros del tiempo de Doña Urraca, porque eran de las compasivas mujeres que habian avisado secretamente á sus convecinas castellanas del terrible asalto nocturno tramado por el aragones Giraldo Diablo. Y por dentro, y por fuera, y por en medio, y por todas partes, lucian su garbo natural las damas de los palacios, las menestralas de los arrabales y las villanas de las aldeas de la Ciudad, no perdonando ocasion de armar danza, doquiera las incitase un pifano con su tamboril, ó simplemente un par de garridas cantadoras.

Tierna hubo de ser la despedida que hicieron la abadesa Doña Mayor y sus monjas de San Pelayo á los Reyes de Navarra, los cuales, con la licencia y la bendicion de su padre y soberano D. Alfonso, salieron de Leon acompañados de todos los caballeros que van nombrados hasta ahora. Juntos fueron hasta la Villa Lil, ahora Mansilla de las Mulas, donde haciendo alto, mandó D. Garcia que se volvieran todos, salvo el Conde Rodrigo Gómez y D. Gutierre Fernández, y varios ricos-homes castellanos, por cuyos feudos se habia de hacer la jornada; los cuales con los nobles navarros fueron á marchas cortas dando custodia y haciendo mesura á los novios y á su voluminoso equipaje. Pasados algunos dias en nuevas fiestas, cada cual regresó á su tierra respectiva, colmado de obsequios; las crónicas y documentos contemporáneos conservaron el recuerdo de tan memorable suceso, y de él ha tomado pié el autor de esta monografia para traer á la escena, con toda la verdad histórica que le ha sido dable, á las antiguas leonesas, ascendientes ilustres de la mayor parte de las damas de más alto linaje, y cuya sólida virtud, claro ingenio y discrecion consumada, fueron tanta parte como el arrojo y la perseverancia de los hombres para llevar á su apogeo la civilizacion de los Reinos cristianos de España.

## II

El domingo 8 de Noviembre de 1863, las calles y plazas de Leon estaban desde muy temprano cuajadas de gentes de todas las clases de la sociedad, pintada en los rostros la alegría precursora de los grandes sucesos, hablándose unos á otros con la animacion de quien tiene algo que decir y mucho que preguntar, dándose todos cita y prometiendo no faltar á la funcion para aquella mañana anunciada. ¿Qué movia á los leoneses y las leonesas, que en larga y compacta columna, por la plaza de San Marcelo y el puente de San Márcos, se dirigian hácia la opuesta orilla del Vernesga? ¿Iban, por ventura, á recibir con alegre bienvenida á personajes encumbrados? ¿Era

algun regio enlace motivo ú ocasion para tal bullicio, ó se esperaban ocho dias de cañas y toros y populares diversiones, como las de siete siglos atras, nunca por completo olvidadas? Á poder levantar la cabeza de los blanqueados sepulcros ó de las confundidas huesas donde yacen los personajes célebres y oscuros, grandes y pequeños, cuyas sombras hemos evocado en las páginas anteriores, para que vinieran á representar á las leonesas antiguas en su vida, en sus costumbres y en sus merecimientos, es seguro que dieran afirmativa respuesta, no comprendiendo causa mayor para tan extraordinarias demostraciones de júbilo. Mas si en corroboracion de tal supuesto se acercaran á dirigirnos una pregunta, como á benévolos amigos, hubieran aprendido con asombro que se celebraba un enlace ciertamente, pero el enlace de su brillante corte, ya tan empobrecida, tan caida, tan olvidada al pié de los asturianos montes, con el centro y con todos los extremos de aquella España que ellos habian soñado constituir, y cuya actividad vivificadora, nacida y fermentada en focos que fueran tal vez en su tiempo ignorados ó poco atendidos, iba á tocar con su oleada benéfica los muros venerables de los legionarios de Vespasiano.

—Venid,—les dijéramos entónces,—y tended la vista por la dilatada y pedregosa orilla derecha de vuestro amado Vernesga. Allí, donde seculares aluviones han depositado espesas capas de rodado guijarro, donde todos los años, al derretir de las nieves, la incontrastable corriente descuaja la más pequeña señal de vegetacion y de vida, mirad un extenso y elevado terrero, que no es poderosa para asaltarlo el agua. En muy pocos meses se han erigido sobre esa explanada vastos y numerosos edificios, con sólidas paredes de rojo ladrillo y armazones de metal y cristales, tan elegantes como ligeras; y esas ramificaciones, dibujadas con líneas de hierro por la planicie, nacidas de una sola que allá por el rio abajo se pierde de vista, son el lazo material de la union que os decimos, los canales por donde nos aprestamos gozosos á recibir los beneficios de la industria y del comercio, cuya es la fiesta que en este dia celebran vuestros nietos. Y no os sorprenda que honremos ejercicios que en vuestro tiempo se abandonaban por poco dignos á moros y á judios, á villanos y menestrales, que ya nos habeis enseñado el esplendor que habiais alcanzado con ellos; y vosotros mismos, contradiciendo preocupaciones injustas, movidos de la necesidad, en Córtes y fueros los habeis protegido, y habeis fundado al hacerlo asi la prosperidad de vuestros hijos y la libertad de nuestra patria. Venid, pues, y tomad parte en la general alegría, que la obra de hoy tambien es vuestra obra, vuestro ardimiento en bélicas lides es nuestra constancia en pacificas empresas, vuestro trabajo ha producido nuestra riqueza; y como juntábais vosotros enjambres de mazones é imagineros, sin distincion de lengua ni raza, para levantar monasterios y catedrales que justamente admiramos, tambien nosotros reunimos operarios sin número, de todos géneros y naciones, que distribuidos por los valles, por los páramos y por las montañas, trastornan sus fundamentos, armados de ingenios poderosos, y dejan á su paso una huella como las que vosotros achacábais á héroes antiguos y encantamientos inexplicables.

Si continuáramos más tiempo esta conversacion con nuestros antepasados, expondríamos á soñar con duendes y fantasmas á algunas lectoras timidas; y como tenemos sincero deseo de excusarles toda molestia y disgusto, seguiremos dirigiendo á ellas la palabra, lo cual nos ha de ser más grato sin duda alguna. Si por nuestra suerte esas lectoras fueran leonesas, podríamos preguntarles si no recuerdan la grandeza de aquella fiesta, destinada á la inauguracion oficial del camino de hierro de Palencia á Leon, y cuyo principal ornamento lo encontramos en ellas mismas todos los concurrentes. Rompiendo vallas y quebrantando consignas, desde muy temprano fueron invadidas las graderias provisionales levantadas en los dos cuerpos de la nueva estacion, aún no concluida; los que no alcanzaron asiento se derramaron por entre los muelles y las cocheras, y un tropel no corto de curiosos esperaba desde el frontero paseo de Papalaguinda, entre lo que es San Márcos y lo que fué San Claudio. Cerca ya de medio dia, el blanco penacho de humo, cuyos movibles contornos se dibujaban sobre un cielo sin mancha, y el eco de lejanos silbidos anunciaron la aproximacion del tren inaugural, que serpeando con la suavidad de la culebra avanzaba con la rapidez de la flecha; y recibido luégo con un nutrido aplauso de la muchedumbre, dejó con ella confundidos á los convidados, cuyo deseo de conocer las maravillas del arte antiguo quedó olvidado ante los atractivos de las modernas leonesas, deslumbradoras con sus trajes de fiesta y sus semblantes más de fiesta todavía. ¿Y cómo habia de ser de otro modo? Dispuesto un altar en el cabo de la suntuosa nave del edificio de viajeros, el venerable Obispo de Palencia, en ausencia del de Leon, invocaba con sus preces el favor del cielo sobre la nueva obra; y para recibir su bendicion, viéronse acercar velozmente por tres vias paralelas otras tantas máquinas locomotoras, resoplando vapor, vomitando humo y amenazando aplastar entre sus ruedas aquella viviente masa; pero al llegar á los andenes, vuestra mirada limpida y serena ¡oh leonesas amables! bastó para domar aquellos monstruos con entrañas de cobre, con cuerpo de hierro, con músculos de acero, cuyo alimento es encendida hoguera, que deja oscuras las fraguas de Vulcano ó el horno de Babilonia. Desde aquel momento, obedeciendo sumisas á las manos calzadas de guante blanco que las dirigian (una de las cuales gobierna ahora esta pluma), avanzaron lentamente hasta el altar, coronadas de flores y cubiertas de banderas, como si apartaran con mano amiga á las personas que se ponian al paso, y mezclándose con las gentes quisieran persuadirlas de que eran hijas sumisas de la ciencia y del trabajo, no instrumentos terribles de desolacion y ruina. Al recibir la aspersion del hisopo, los tres silbatos lanzaron su ronco grito hasta las nubes, envuelto en la blanca niebla del vapor escapado por sus lengüetas, ruido á la verdad estridente y duro, pero que sonó entónces para nosotros como grande y solemne concierto, himno sublime de la paz y del progreso.

Dominados por tan gratas impresiones, esparciéronse por la ciudad los concurrentes, entre los cuales se contaban los principales personajes de la sociedad y de la

politica, tanto de Madrid como de las Provincias limitrofes. Al discurrir ociosamente por calles y plazas, buscaban con empeño entre los variados tipos populares de mujeres á las maragatas, por lo mismo que son en la corte y los caminos tan raras como abundantes y conocidos los hombres de esa tierra, pequeño rincon del valle de Turienzo, escondido entre las cumbres de Foncebadon y el Teleno. Ni áun en Leon es frecuente verlas, porque teniendo á su cargo el duro ejercicio de la labranza mientras sus maridos ausentes practican el de fidelísimos porteadores, sólo abandonan sus casas y terruños los mártres para concurrir al inmediato mercado de Astorga. Pero su afan fué inútil, porque el modelo que deseaban ya no se encuentra sino en las figuras que con grandes martillos dan las horas en el reloj de la plaza de esa ciudad, vestidas con su pintoresco traje, bien conocido el del hombre en los mercados, habiéndose visto hasta en los escaños del Congreso; pero no así el de su bella mitad. En ese traje singular, el zapato de cabra bajo, con oreja y boton de plata dorada dejaba ver la estirada media blanca, que por más arriba del tobillo se ocultaba bajo la saya ó manteo de paño blanco, llamado *rodo*. Sobre el rodo ponian por delante un ancho mandil encarnado llamado *mantillo*, con otro delantal negro encima, y por detras metian entre dos grandes pliegues de la falda un segundo mandil, tambien encarnado, pero más estrecho, que llamaban *mantilla*, é iba adornado con *cerras*, ó sean tiras colgantes de unos cuatro dedos de largo. Sobre la camisa, profusamente bordada, llevaban la chaqueta, ó *sayuelo*, con dos escotes á los lados, ceñida á la cintura con ancho *fajero* de estambre, y con mangas muy holgadas, abiertas desde el hombro y sujetas al puño las más veces con *agolletas*, ó sean cordones con agujetas en las puntas. Cubria la cabeza una *albanega* ó toca blanca caida hácia atras, ó bien manto largo ó *frisa* de añinos con puntas cuadradas y borlas. Ahora han adoptado las maragatas, como todas las leonesas del campo, el *rodado* negro, pieza de paño así llamada porque la rodean á la cintura con poco más de una vuelta; adornanlo con ancha franja de terciopelo, y queda casi del todo cubierto con un delantal bordado de seda de colores. Visten el cuerpo como las montañesas, aunque con todo el lujo y gala de las ribereñas, siguen como ántes llenando de letreros las ligas, las cintas de los delantales, los fajeros y las frisas, y atan bajo la barba el pañuelo, que no gastan de seda sino las casadas, ni pueden llevar encarnado las viudas. Profesan aquéllas marcado respeto á sus maridos, quienes en cambio de su gran honestidad no les exigen demasiado aseo en las casas, cuyas cocinas, ántes sin chimeneas, las tienen ahora tan enormes, que en ellas se cuelgan á curar las carnes de cerdo y de ternera. Por lo demas, las casas de la maragateria se parecen mucho á las del Bierzo, salvo que tienen la cubierta de paja. Hay mucha gente pobre, y su más general alimento es el pan de centeno, las patatas y el tocino.

Muestran sin duda alguna estos pormenores residuos numerosos de las costumbres y trajes de la Edad Media, fenómeno nada raro, pues hemos tenido ocasion de notar cómo los atavios mujeriles más exagerados de aquella edad, en sus variadísimos

periodos, lo mismo que las danzas en rueda y otros usos, duran perpetuados en el traje y costumbres provinciales de ciertas comarcas, á causa del movimiento incesante de las modas de los palacios á los castillos, de los castillos á los concejos, de los concejos á las aldeas. Sin embargo de haber oido reflexiones parecidas á éstas, varios jóvenes literatos se empeñaban, sin poder llegar á un acuerdo, en buscar vestigios de oriental indumentaria en aquellas prendas, del mismo modo que suelen darse por indudables en las anchisimas bragas de los varones; pero un eminente arabista, que habia venido en el tren y por allí pasaba, pudo hacerles ver, con su carácter comunicativo, cuán vano era tal intento, y dando suelta á su erudicion, les entretuvo un rato explicándoles las opiniones del célebre Padre Sarmiento, que en el siglo XVIII quiso hacer venir á los maragatos de los *mauros* ó habitantes de Mauritania, traídos acá por las invasiones cartaginesas ó las guarniciones romanas; al paso que Mr. Dozy recientemente habia corroborado la opinion comun y antigua que les hace proceder de *moros* mahometanos cautivos ó *captos*, apoyándose en el gran número de testigos y actuantes de ese origen que muestran los primitivos documentos de Astorga, aunque proponiendo la rara etimologia de *Malagutos* ó godos malos. Aventuróse á decir uno de los acompañantes si no podrian ser *moros* que hubiese instalado ó tolerado en aquel ingrato suelo el Conde *Gaton*, poblador de Astorga con sus gentes del Bierzo (derivacion ya combatida por el benedictino gallego), pues el aislamiento en que se encuentran parece indicar antigua servidumbre y repulsion de raza; pero un forastero que frecuentaba entonces el pais, opuso que el aislamiento social de los maragatos no parece impuesto sino por ellos mismos, poco acomodables á las ideas y costumbres de sus vecinos, y que idéntico fenómeno se verifica en diversas Provincias, donde hay una villa ó comarca cuyos naturales se dedican al tráfico exclusivamente, y se conservan apartados de los demas moradores, aduciendo entre otros el ejemplo de Fortuna y Algezáres en el Reino de Murcia.

Añadióles luego una noticia de las joyas con que las maragatas casadas se recargan en su pais, hasta el punto de serles difícil levantarse del asiento, aunque ya no suelen ostentarlas sino en dias de boda, manifestando en ellas la totalidad de su dote, y aumentándolas conforme en el discurso de la vida matrimonial consiguen ahorros para su particular bolsillo. Son monstruosas las arracadas, cuyos últimos colgantes descansan en el hombro y se han de sujetar con cintas por cima de la oreja; pero son mucho más notables las collaradas, verdaderos almacenes de objetos de platería. Dos clases principales de piezas, además de los gruesos corales, componen estas collaradas; unas esféricas, como de una pulgada de diámetro, que llaman *avellanas*, y otras prismáticas, de unas dos pulgadas de largo y media de lado, que denominan *alconcillos* ó *alconciles* (corrupcion de *alcorcies*); unas y otras son fundidas, de plata sobredorada, con una cantidad de metal considerable, y se colocan alternativamente en la sarta segun su número y proporcion. Entre ellas se intercalan dijes de coral ó piedras toscamente labradas, que hacen oficio de amuletos para





PROVA DE LEON

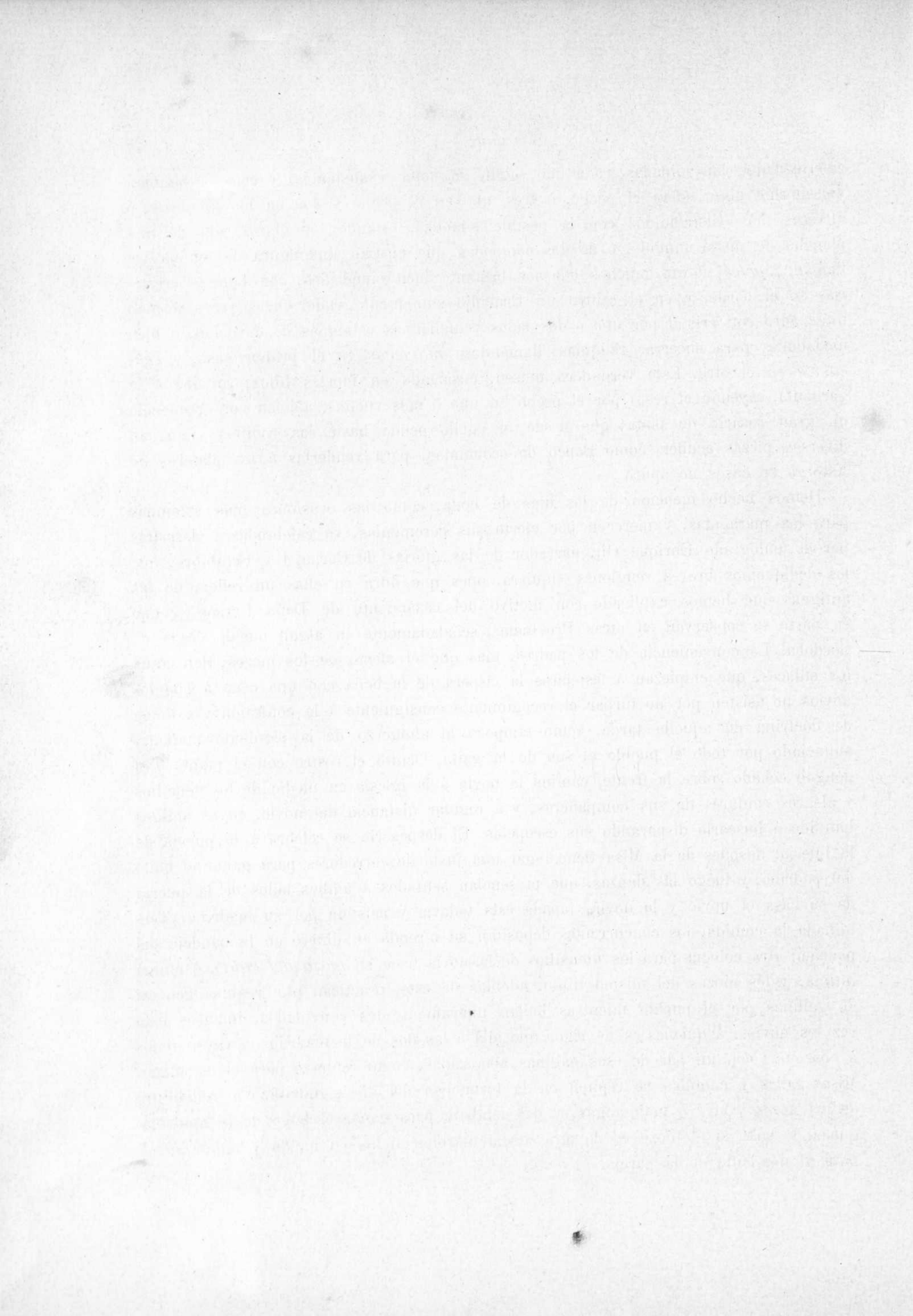
Ferraleja.





PROVA DE LEON

Ferraleja.



enfermedades determinadas, cada uno segun su color y sustancia, y colocan tambien un enorme disco sobre el pecho, ó tres, uno en el pecho y dos en los hombros, ó á veces más, distribuidos con la posible simetria. Cuando los discos son de una plancha de metal fundido, ó de dos combadas que cierran una figura de lenteja, se llaman *joyeles*, llevan muchos adornos bastante bien cincelados, con bonitas crestearias en el borde, y en el centro un Crucifijo sumamente rudo. Otras veces forman un cuadro con cristal por uno ó dos lados y malisimas estampas de devocion, ó bien medallones para encerrar reliquias; llamándose *vidrieras* en el primer caso, y *relicarios* en el otro. Este verdadero museo, ensartado en fuertes hilos, se ciñe á la garganta, cayendo el resto por el pecho en una ó más vueltas; añaden con frecuencia un gran rosario de plata, que desde el cuello pende hasta las rodillas; y á tan diversas piezas acuden como Banco de economias, para venderlas á los plateros de Astorga en casos de apuro.

Hemos hecho mencion de los dias de boda, como las ocasiones más solemnes para las maragatas, y merecen por cierto sus ceremonias, ya celebradas y descritas por el malogrado Enrique Gil, narrador de las glorias de Cornatel y Bembibre, que les dediquemos breves renglones siquiera, pues que dura en ellas un reflejo de las antiguas que hemos explicado con motivo del casamiento de Doña Urraca, y que en parte se conservan en otras Provincias, señaladamente en algun pueblo de la de Córdoba. La conveniencia de los padres, más que el afecto de los mozos, determina los enlaces, que empiezan á festejarse la vispera de la boda con una cena á que los novios no asisten por no turbar el recogimiento consiguiente á la confesion y exámen de doctrina de aquella tarde, como tampoco al almuerzo de la siguiente mañana, anunciado por todo el pueblo al son de la gaita. Oculto el rostro con el manto ó el dengue echado sobre la frente, camina la novia á la iglesia en medio de los sencillos y alegres cantares de sus compañeras, y á regular distancia del novio, cuyos amigos han ido á buscarlo disparando sus escopetas. El desposorio se celebra á la puerta de la iglesia; despues de la Misa tiene lugar una justa de corredores para ganar el bollo del padrino, y luégo las danzas, que presencian sentados á ambos lados de la puerta de su casa el novio y la novia, tapada ésta todavia y asistida por su madrina. Terminada la comida, los concurrentes depositan su ofrenda en dinero en la bandeja del padrino; otra colecta para los utensilios de la novia hace su *moza del caldo*, ó amiga intima, y los mozos del mismo titulo, ademas de esto, practican una requisa general de gallinas por el pueblo mientras bailan nuevamente los convidados, incluso esta vez los novios, á quienes es de rigor que allá á las dos de la madrugada vayan todos á obsequiar con un par de esas gallinas aderezadas, como refuerzo para el estómago. Misa, bailes y comidas se repiten en la tornaboda del dia siguiente, con añadidura de los *zamarrones* ó mojigangas, y del combate para ganar el bollo de la madrina, quedando sólo, si el mozo es de otra aldea, marchar todos en lucida y mular cabalgata al domicilio de la pareja.

Algo de orientalismo pudiera atribuirse á cuanto llevamos dicho sobre galas y bodas, pero áun así la presuncion es muy débil, porque lo mismo hacen otros muchos pueblos; y la tez, facciones, profesion y hábitos del maragato desacuerdan por completo con ese origen que se le presta, ni es su porte en manera alguna propio de una raza vencida. Atendiendo, por el contrario, á estas principalísimas circunstancias, tengamos presente que hay una lengua europea en que de la raíz *marach*, caballo, se hace el verbo *maracaat*, cabalgar, ocupacion de esa gente: que la exclamacion «¡Yerrado!» con que animan á sus bestias, y mutuamente se increpan en sus disputas, conviene con «¡Eurredi!» equivalente á «¡Corriendo!» en esa misma lengua; que los que hoy la hablan son de cuerpo grueso y no muy alto, cuello corto y fuerte, cabeza redonda y color blanco; que llevan calzones anchos y plegados, polainas ajustadas, chaleco cerrado, sayo abierto, cinturon de cuero, sombrero de anchas alas y el pelo crecido; y que son, por fin, laboriosos, tercios, exclusivos y apegados á su pais y sus tradiciones; y convendremos en que los maragatos son hermanos legitimos de los bretones del Loire, y no volveremos á pensar en identificarlos con beduinos ni bereberes. Si ese es su origen, se preguntará ahora, ¿cómo es su descendencia? Pueden muy bien proceder de algunas familias célticas, resguardadas en su pequeño valle, como una isla en el Océano, de las invasiones romanas y árabes, á cuya suposicion dan apoyo ciertas palabras de origen céltico que hemos hallado en inscripciones romanas de la Provincia; pero el traje de los maragatos se parece tanto al de los habitantes de la Armórica del tiempo de Estrabon y del nuestro, que puede caber tambien la conjetura de que provengan de una colonia bretona, refugiada aquí cuando la irrupcion de los normandos, ó tal vez atraída por cualquiera de tantas reinas francesas de estirpe indeterminada como hubo en Leon en los primeros siglos de la restauracion cristiana. El epíteto del *caldo*, que equivale á *amigo* (*caret, caraid*), en lengua céltica, el gusto mismo por las joyas, la aplicacion de las mujeres á los trabajos del campo, todo, en fin, conspira á probar la analogia que asentamos; y quien lo dude, que ponga una figura de maragato entre la de un bajo-breton y la de cualquier casta de moro, y sus ojos le darán respuesta.

Puso término á la útil y sabrosa conversacion que ocasionaron las maragatas, el deseo de aprovechar la tarde para conocer los monumentos, merecidamente afamados, de la corte de D. Ordoño. Por ser hora más oportuna, quedó para la mañana del lunes la visita á la catedral, inapreciable joya gastada algun tanto por el tiempo, y algo tambien por desacertadas reparaciones, y ya entónces empezada á restaurar por manos inteligentes; visita que hicieron los invitados con gran detencion, admirando aquella delicada traza de arcadas y pilares en puertas, naves y claustros; aquella valiente talla de la silleria del coro; aquella combinacion de gustos diversos en el romanato; aquel mágico efecto de las inimitables vidrieras de colores.

Brindóles, por el contrario, con su proximidad y franca puerta, el suntuoso convento de San Márcos, antiguo hospital reedificado por los Caballeros de Santiago y

acabado modelo de la arquitectura del Renacimiento, donde la clausura establecida conforme á su instituto por los Padres de la Compañía de Jesus, instalados en el edificio cuatro años ántes, vedaba la entrada al sexo femenino. Nosotros, por ser ahora cronistas suyos, nos quedaremos tambien á la puerta del claustro convertido en Museo de Antigüedades, sin visitar los gabinetes de física, ni la colección numismática, ni el Observatorio Meteorológico, ya que no es dado escudriñar el orden y economía de despensas, lavaderos y cocinas á ciertas damas que en la contigua sala de visitas esperan que algunos religiosos, con quienes nos unen lazos de fraternidad literaria, bajen las vistas fotográficas de la inauguración, por ellos preparadas. Ocasión propicia fué aquélla para que una de las señoras, escritora modesta de familia de literatos y periodistas, accediese con galante bondad á anudar de nuevo la conversación sobre trajes y costumbres populares, explicando las diferencias características entre las diversas aldeanas venidas entonces á la ciudad.

—Conviene saber—les decia—que alrededor de la parte central de la Provincia, extendida entre Leon y Astorga, y prescindiendo de la singular rinconada de los maragatos, que ya ustedes conocen, su territorio se divide en cuatro comarcas principales: al Norte, la montaña da origen á los rios Esla y Porma, Vernesga y Órbigo, comprendiendo los ásperos países de Boñar, los Argüellos, Luna, Babias, Omaña y otros; al Sur, en las riberas, llanas y fértiles, Valencia de Don Juan con su gótico castillo ennoblece el Esla, y la Bañeza domina los campos del Órbigo; al Este se prolonga hasta Castilla el páramo triste y uniforme, cuya entrada guarda Sahagun, siempre inquieto; y á Poniente los ricos y amenos valles del Bierzo fueron segunda Tebaida en sus montes, frecuentada ruta de peregrinos, romántica mansion de Templarios. Las montañesas de las Babias se distinguen por la sencillez de su traje, cuya prenda principal es el rodado largo y con vuelo de paño fino con terciopelos, sobre otro de bayeta verde ó encarnada, y con un delantal corto de lana de colores vivos encima, dejando colgar atras sus *colonias* ó anchas cintas. Llevan al cuerpo jubon encarnado bajo una chaqueta de paño negro muy ajustada y de manga estrecha; y al cuello un pañolito blanco, que se ve apénas bajo un dengue, semejante al asturiano, pero más grande, ribeteado de terciopelo ó cinta oscura, cuyas largas puntas sujetan atras con corchetes; usan anchos zarcillos; pero no adornan el cuello sino pobres *sartas* ó cuentas de vidrio de diversos colores, con crucecita de plata. Cubren el peinado, recogido en un moño alto y dos rizos laterales, con un inmenso pañuelo amarillo ó azul de lana ó seda, atado sobre la frente, dejando caer á los lados sus dos puntas, y para ir á Misa echan encima el *rebociño*, gran mantilla redonda de paño color de pasa con ribete de terciopelo. Calzan en verano media muy blanca y zapato bajo, y en invierno escarpin alto abotinado y *almadreña* ó zueco. Su vida es pastoril, aseadas sus maneras, sus costumbres morigeradas y su principal alimento el que producen los ganados, aunque no les falta cocido de carnes saladas en invierno y *caldereta* de carnero fresco en el estio. Son robustas

y laboriosas, sobresalen en la fabricacion de manteca, ayudan á los hombres en la recoleccion de la yerba, en la provision de leña y el desgrane del centeno, y elaboran telas y paños con el hilo ó lana preparados por las muchachas, juntas las noches del invierno todas las del pueblo en una cocina. Estas reuniones, comunes á casi todas las comarcas de la Provincia, se llaman *filandones* ó *hilanderos*. En ellas se recitan cuentos maravillosos ó romances viejos, se cantan coplas amorosas, y suelen acabar los sábados en baile. Es la mayor gala de las montañesas proveer á los maridos de abundante merienda de jamones y cecinas cuando van por el otoño con sus ovejas á Extremadura, y hacen al despedirlos tantos extremos de sentimiento como moderada parece su alegría al volverlos á ver por primavera, cuando les traen las ligas de la Mancha y los *gordones* con *ahuchas*, para atacar los justillos, de Rioseco. Obsequian á los forasteros con baile y serenata que llaman *beiche*, amenazándoles las mozas con darles los *cacharrones*, ó sean golpes y pellizcos, si no aceptan la fiesta; y otra igual, denominada *queiso*, ofrecen en las despedidas. Con ménos salud las que habitan los húmedos valles del Esla y Porma, tienen más aficion á las faenas domésticas, á la instruccion y á los hábitos sedentarios, lo cual muestran en la brillantez de la espetera, en su siempre blanqueada *trébede* ó cocina, en su aplicacion al *hiladero*, y en las bien mantenidas aves de su corral. La vispera de la fiesta mayor las amas de casa blanquean las portadas formando grandes y caprichosos ramos, y las muchachas salen ufanas á Misa los domingos, si sus amantes han adornado con verdes ramas y silvestres flores sus ventanas y tejados. Usan *manteos* ó faldas de estameña azul ó verde muy plegada y con un volantino encarnado que llaman *tirana*, aunque para el verano ya se ha introducido el percal; sobre el jubon llevan pañuelo pequeño, la cabeza frecuentemente descubierta, la mantilla corta y redonda, las medias azules y el zapato abotinado. El dengue lo han abandonado hace tiempo, y para salir al campo tienen más toscas prendas.

Muy dadas á lucir sus formas, un tanto abultadas, las adustas ribereñas, ó *riberanas*, adornan las blancas medias con *cuchillos* ó sean franjas bordadas al costado con sedas de colores; dejándolas ver el zapato muy escotado de paño con lazo de seda, bien que en invierno tienen que cambiarlo por el escarpin con almadreñas ó *galochas*: sobre un rodado amarillo ponen otro encarnado más corto, y sobre éste otro negro más corto todavía y muy estrecho, y encima de todo un delantal de *caramaco*, tela negra muy lustrosa, adornándolo con lentejuelas y abalorios, y guarneciéndolo de terciopelo como el rodado, en el cual forman dibujos hasta por la abertura del bolsillo. La chaqueta, igual á la de las montañesas, con puño abierto y tres botones redondos, pendientes de cadenillas, deja asomar los *corchados* ó bordados de la camisa ajustada al cuello y menudamente plegada, y sobre los hombros llevan un pañuelo grande, cuyas puntas cuelgan atadas detras entre todas las cintas, y deja ver el borde del otro pañolito blanco que llaman *sudadero*. Ostentan la abundancia del cabello tendiéndolo por la espalda en dos trenzas con lazos de seda en las puntas, y cuando



cubren la cabeza lo hacen con un dengue negro en forma de toca, con su motita sobre la frente. En la Ribera de Carrizo cubren la cabeza con un pañuelo encarnado atado atrás, y en vez de chaqueta llevan un justillo con dos descotaduras en forma de corsé: en la Bañeza el corpiño es encarnado, abierto por delante, bordado por la espalda y sin manga; el rodado tiene encarnadas también las franjas, llevan el dengue con las puntas sueltas por delante y el pañuelo de la cabeza lo atan sobre la frente. Tienen, como las maragatas, pasión por las joyas de gran tamaño, sólo que en lugar de las arracadas llevan, después de casarse, pendientes de plata sobredorada, en forma de esferas con colgantes, que llaman *calabazas*, cuyo interior forran de seda carmesi para que resalten los calados; y más comunmente usan gruesos aros de alambre de plata desde tres á ocho dedos de diámetro, llamados *vincos*, con tres groseras palomitas del mismo metal pasadas en ellos, habiendo en Madrid señoras que han tomado vincos de éstos, y no los mayores, para llaveros. De las gargantillas de muchas vueltas de corales y medallitas suelen caer sobre el pecho uno y á veces tres grandes joyeles, de buen dibujo, aunque de tosca ejecución, y en los dedos no escasean los anillos con piedras falsas. Durante el verano se ocupan en la *jaya* ó limpia del lino, que hilan y blanquean en el invierno, y en la Bañeza practican las demás labores agrícolas mientras sus maridos se dedican á la arriería. Lo más original de la gente de este último distrito es que algunas veces, cuando se casan, continúan viviendo con sus padres respectivos, sin juntarse en todo un año, durante el cual se agencian un peculio para fundar la nueva familia; y hasta hace poco, estas casadas doncellas iban á la iglesia con tocas blancas, á manera de las mucetas antiguas, y una montera encima.

Las paramesas guardan un término medio entre las de la ribera y la montaña, participando á la vez del buen gusto y aseo de las unas y de la modestia de las otras, como es también su suelo paso y división entre los países alto y bajo. Son notables las camisas que gastan, por venirles tan estrechas, que se las ponen y quitan con gran dificultad; son asimismo muy cortas, é igualmente escasas las pecheras y los puños, pero su grosera *estopilla* está rizada con habilidad suma en cuello y puños, y bordada de vistosos colores. La falta de todo género de combustible les obliga á calentarse en el invierno en *glorias*, como las de tierra de Cámos, suelos abovedados por donde circula encerrado el humo de la paja, como en los hipocaustos romanos. Sobre ellas, según antiquísima costumbre, comparten las mujeres con los hombres el trabajo de la rueca y la calceta, en compensación de la ayuda que prestan á éstos en el campo; y sus ruidosas conversaciones las acostumbran al vocerío descompasado con que en el mercado de Leon se distinguen.

Las bercianas de las villas principales llevan sobre el jubon, ó sin él, un pañuelo grande, cuyas puntas suelen atar á la espalda, y en la cabeza otro pañuelo como las montañesas; pero en la parte alta del país usan como mantilla un pedazo cuadrado de bayeta, que llaman *mantelo*, cogido bajo la barba con un corchete, y cuando hace

frio añaden al jubon la chaqueta, cerrada por el cuello y la cintura. Su ordinario alimento es el pote gallego, especie de potaje cuya sustancia es la manteca, y sus principales ingredientes las patatas con los *grellos* ó tallos de nabiza, y cuece sin interrupcion toda la semana, reemplazando los materiales à medida que los consume la familia. El humo se escapa de sus hogares sin chimenea por los huecos de las cubiertas de pizarra, y tienen la escalera exterior para economizar por dentro el sitio del establo del piso bajo y la vivienda del de encima. Lavan arenas de oro las que habitan las Medulas y su valle, apacientan ganados en sus peligrosos riscos las sufridas cabraresas, y ademas del filandon, pasan asando castañas las noches del invierno.

La breve y clara explicacion de la leonesa, tan afable como estudiosa, ocupó à nuestros amigos más que las maravillas del arte, con todo detenimiento examinadas en San Marcos, y mientras se dirigian à San Isidoro por el camino de Renueva, los numerosos grupos de criadas y aldeanas que volvian por el puente de dar un paseo à Trobajo ó la Armunia prestaron ocasion de aplicar y corroborar lo que habian aprendido. Con ideas diametralmente opuestas porfiaban unos que los trajes del pueblo permanecen invariables à traves de los siglos, libres de la voluble alteracion de la moda, mientras objetaban otros que el cambio se verifica tambien en las aldeas, sólo que con más lentitud que en las ciudades. Apoyábanse en los usos que en nuestros mismos dias han cambiado las maragatas, recordando al mismo tiempo que el traje que ahora pasa por anticuado no es el mismo de hace un siglo, pues la toca se llevaba alta y almidonada, à modo de nimbo, y se llamaba *caramiello*; los dos mandiles se juntaban por arriba formando sobrefalda, y se adornaba por la espalda el sayuelo. Hizoles callar en esto el deseo de atender à la conversacion de unas muchachas que à pocos pasos les precedian, criadas de servicio de distintos pueblos, hechas amigas por la vecindad de sus amos, y que iban enseñando la ciudad à sus madres y hermanas.

—¿Vieron tus amos esta mañana, Cuca?—decia una robusta cocinera à una doncella de labor, cuyo nombre era Francisca.

—¡Ca, boba! No quison caminar por ver las fiestas del tren.

—Pus los míos hubieron de quedarse sin fiesta ni tornafiesta, si no aguantan con las caballerías ya de noche.

—Oíles que picaban à la puerta muy tarde.

—Era la rolla de enfrente, que vino à pescudar si los miñuelos que trujo para su niña eran como los que yo maso, y enseñarme una moña que habia vestido.

—¿Hais visto el tren de los señores?—añadió en seguida, dirigiéndose à sus acompañantes forasteras.

—¡Vaya!

—Á mi me da miedo con aquellos hombres llenos de birrones de carbon en la cara.

—Á mi no,—replicó una;—que en mi pueblo hace tiempo que pasan y los cono-

ce mos, y onque vienen á la mi casa haciendo de cuyusque, pagan bien, y se les deja el mejor sitio al humor de la lumbre.

—En mi lugar,—dijo otra,—ésque escomenzaron á pasar esos diañes de vapores, mandó el señor Alcalde al oficial de la voz decir en la plaza que denguno pasara en la via de que los viesen en el puente de la moldera.

—Anday, que muchos pasan sin cuidado.

—Como que avisan con aquel pito que ruge sin ponerlo á la boca.

—Abaos no os pillen, que aquellas ruedas hacen malas coscas.

—Miray,—interrumpió la doncella,—ya es hora de poner la cena, que hoy se avian las señoritas temprano para dir al baile.

—Veivos, hijas,—contestó la madre más anciana,—que yo voy á la botica por el quinín que quiere la paragismera de la Royá para la pispola de su nieta.

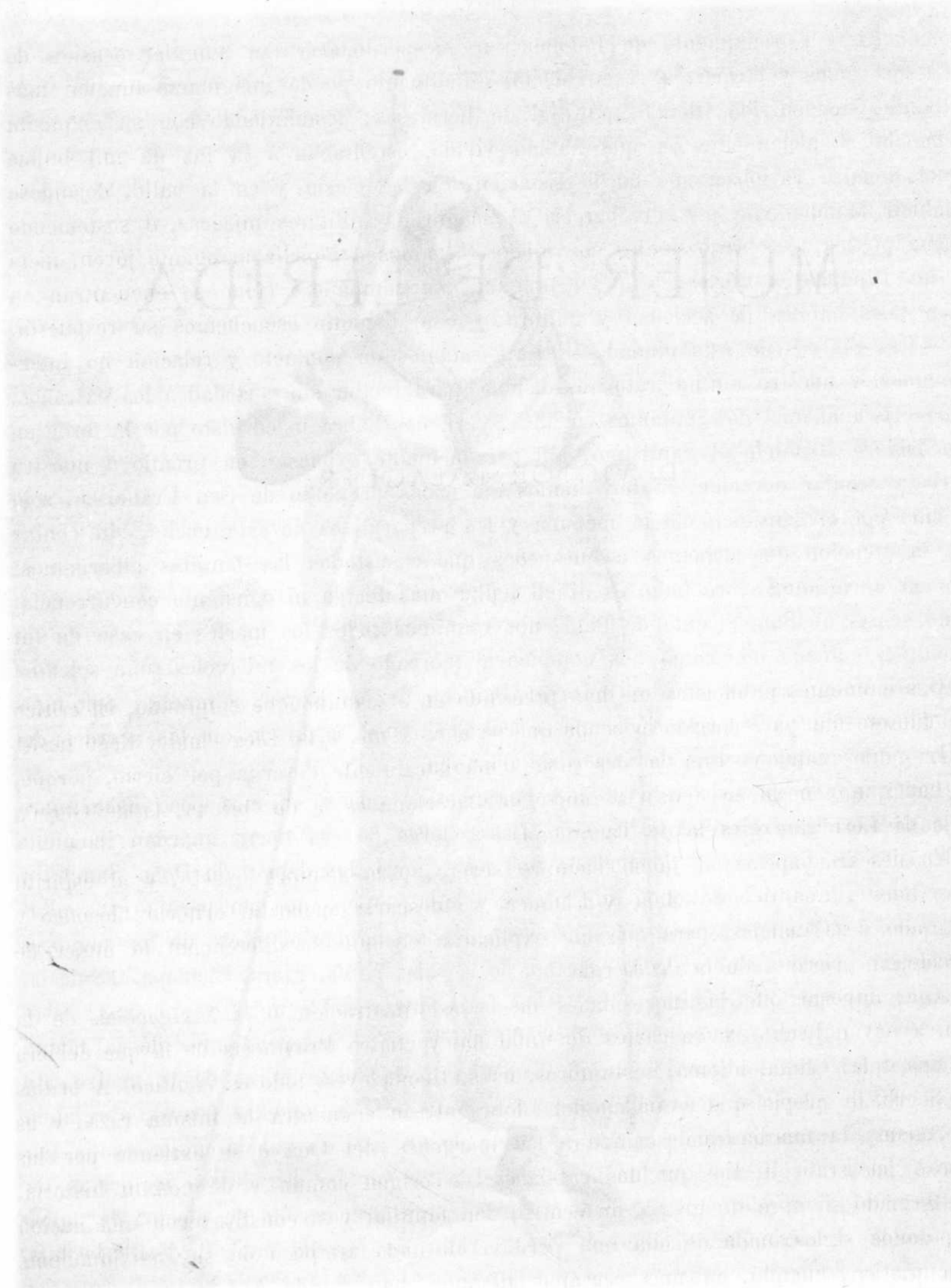
Mirándose unos á otros quedaron los indiscretos oyentes cuando las mujeres hubieron desaparecido, originándose nueva disputa sobre las voces y modismos provinciales que habian escuchado. Querian unos calificarlos todos de puros solecismos y corrupciones de lenguaje; pero avezados otros á seguir las evoluciones de los idiomas, sostenian que fuera de las faltas materiales de pronunciacion, el modo de hablar de las leonesas dejaba ver ciertos caracteres de permanencia en las flexiones de verbos y composicion de nombres, que hubieran podido arrogarse el derecho de dar la norma á la lengua nacional, á ser por más tiempo Leon capital de toda España. Encarecian éstos la necesidad de cultivar el estudio gramatical de los dialectos provinciales, sin el cual no podria acabarse el conocimiento interno del idioma castellano, celebrando un tomo de poesias en dialecto berciano, próximo pariente del gallego, impreso años atras; y supieron luégo con placer que un leonés erudito habia puesto mano en el trabajo, tan improbo como útil, de coleccionar las voces y giros de lenguaje vulgares en distintos puntos de la Provincia.

Llegaron en esto los viajeros, al tiempo que la serena tarde de otoño iba recogiendo su luz, á la venerable Colegiata de San Isidoro; y despues de recorridos los claustros, enlazados con los adarves y cubos de la muralla, y de haber examinado en la libreria la preciosa *Biblia* iluminada del siglo x, salian embebecidos en graves pensamientos, á que arrastraba la contemplacion del profanado panteon regio, cuando quedaron suspensos al ver en la iglesia devotamente hincadas de rodillas á gran número de señoras y de jóvenes leonesas, las cuales, segun cuotidiana costumbre, asistian á la Reserva, con simple traje negro, envueltas en sus mantillas, con el velo modestamente caido. Grande era el contraste entre la actitud recogida con que fijaban la vista en el devocionario y el alegre ademan con que agitaban en las graderias de la Estacion sus pañuelos; grande la diferencia entre la humildad presente y la ostentacion de poco ántes, como eran grandes el contraste y la diferencia entre la melodia solemne que hacia resonar el órgano en las románicas bóvedas del templo y la confusa griteria que la agitada muchedumbre exhalaba por la mañana bajo la

bóveda del cielo; y sin embargo, la dignidad en unas, la hermosura en otras, la gracia en todas, era la misma, ó más bien crecía al ser vista nuevamente. ¿Qué soplo misterioso anima á las leonesas, especialmente de la capital, para que cualesquiera que sean sus perfecciones ó defectos naturales, en todas campee la gracia ingénita, la elegancia instintiva, el buen gusto que se deja conocer á la primera ojeada? En nuestra pobre opinion, esa es la huella de lo pasado, la herencia de los mayores; que no en vano fué Leon por tantos siglos la corte de los Reyes y el sagrado depósito de las leyes del Fuero Juzgo; y el tiempo, que ha hecho desaparecer palacios, murallas y monasterios de piedra, no ha podido borrar el legado de personal distincion que con su sangre hicieron á sus hijas aquellas leonesas, dignas de eterna memoria, que por tal razon hemos sacado á plaza en la primera parte de este escrito.

Pudieron ver aquellos señores la confirmacion de nuestro parecer al reparar luégo en las mozas de la capital y sus contornos, que paseaban en grupos de cuatro ó cinco, como en dias de fiesta popular. Aunque pequeñas de cuerpo más bien que altas, llevaban donosamente caída hácia atras la mantilla de paño guarnecida de ancho terciopelo, peinada la cabeza con esmero, y el pañuelo al cuello de seda ó lana de vivos colores hacia resaltar la blancura del cutis, hasta en las que se ocupaban en trabajos al aire libre. Por la explanada de San Marcelo otros grupos de muchachas manifestaban su abierto carácter, entregándose á los pasos cadenciosos y rápidas vueltas de su danza favorita, la giraldilla, ya con mozos de su edad, ya unas con otras. Es esta danza un baile bastante agitado, en que las parejas se mueven con entera independenciam, sin combinacion de figuras, al son de una música de cuatro tiempos, colocándose los dos bailadores con los brazos extendidos uno enfrente de otro. Alternan con éste los bailes modernos de sociedad, de origen extranjero, ocasion de mayor y grata intimidad entre los jóvenes, que con todo ardor se entregan á su vertiginoso movimiento, y como en él encuentran más fuerte estímulo para su sangre bullidora, van abandonando la alegre giraldilla, por igual ley con que parece ésta haber desterrado las pausadas y ceremoniosas danzas en rueda ó en dos filas que duran todavía en Astúrias y en las montañas del Bierzo.

La oscuridad, que á más andar se echaba encima, llamó á nuestros amigos al banquete oficial de la Estacion, celebrado aquella noche en la cochera de carruajes, banquete opiparo, pero que por ser de hombres solos y todos saber cómo Lhardy los prepara y cómo suele la gente concluirlos, pasamos en silencio, considerándolo ajeno á nuestra tarea. Lo contrario nos sucede con el gran baile que siguió, término y coronacion de los festejos de la apertura. Con los individuos del Ayuntamiento hacian los honores de la sala el Director y los Consejeros de la Compañía del ferro-carril, á cuya gestion era debido aquel dia de júbilo, y de quienes todavía espera el país mayores ventajas en la prolongacion de las líneas. Habian elegido, por su mayor capacidad, el local del teatro, contiguo á la Casa Consistorial de la plaza de San Marcelo, previendo que el bello sexo de Leon, reforzado con el de muchas poblaciones



Faint, illegible text at the bottom of the page, possibly a signature or a date.

inmediatas, y especialmente de Palencia, no desperdiciaria tan singular ocasion de lucir sus galas y atractivos; y en efecto, dificilmente puede imaginarse funcion más brillante y concurrida, donde multitud de hermosas, desmintiendo con su exquisita elegancia el alejamiento en que habian vivido, ostentaban á la luz de mil bujias aquel donaire ya observado en la Estacion, en la iglesia y en la calle, dejándose conducir blandamente por sus parejas al acento de militares músicas, ó sosteniendo amena plática, del brazo de los convidados. Sigamos á aquella arrogante jóven, nieta de un Diputado á Córtes, á quien pregunta su compañero cómo se encuentran en Leon tales hábitos de sociedad y cultura, y con disimulo escuchemos su respuesta.

—Las señoras de esta ciudad,—decia,—estamos en contacto y relacion no interrumpidos, y nuestro mutuo trato nos dispone para recibir sin cortedad á los extraños. Todas las mañanas nos juntamos en Misa, y ya nos habrá usted visto por la tarde en San Isidoro visitando al Santísimo, allí perennemente expuesto, en premio á nuestra diaria y secular devocion. Si hoy hemos ido pocas al paseo de San Francisco, sólo ha sido por el cansancio de la mañana y los preparativos de esta noche, sin contar con la atencion que debemos á huéspedes que casi todas las familias albergamos; pero en el verano, sobre todo, es dificil hallar más lucida ni constante concurrencia. Como socias de San Vicente de Paul, nos reunimos todos los mártes en casa de mi abuela; el cuidado doméstico nos conduce al mercado de los miércoles; una solemne Salve nos congrega los sábados junto al Panteon de los Reyes, y muchos domingos nos damos cita para despues del paseo en el Circulo, á fin de oir los acordes del piano ó dar cuatro vueltas de vals ó de mazurca.

¿Quién no ve en todo esto la corroboracion de cuanto dijimos poco hace sobre las cualidades generales de la leonesa? Las señoras de esa tierra guardan incólume el depósito de distincion y de cortesia que les legaron las damas de Doña Sancha y Doña Berenguela; ya no tienen sus títulos y feudos, pero no han perdido sus altas cualidades y sus maneras escogidas. No era ménos singular el efecto de los nombres que se oían cruzar de uno á otro extremo de la sala: Ninfa, Flora, Eleusipa, Teodosia, Artemia, Juvenal, Zoa, Olimpia, aplicados indistintamente á niñas y ancianas, revelaban gusto depurado y delicadeza de oido anteriores é independientes de la mania romántica. Por eso los convidados, al despedirse á las altas horas de la madrugada de tan florida pléyada, llevaron impresiones gratisimas de aquellas fiestas, abrigando risueñas esperanzas acerca de la futura suerte de un pais en que la mujer ocupa tan honroso puesto; y ménos que nadie podrá el autor olvidar las dulces memorias de aquella reunion, donde se halló con las más caras prendas de su afecto; de aquel pais, donde corrieron años dichosos de su vida; de aquella ciudad, donde la hija única que le resta dejó sentir su primer latido.



